

RECENSIONES

ALLEN, Andrews: *Proud Fortress. The fighting Story of Gibraltar*. Londres, Evan Brothers Limited, 1958.

Con el título citado (*Fortaleza altiva. La historia bélica de Gibraltar*) acaba de aparecer un libro de unas 220 páginas, que se halla destinado a enaltecer la gesta de las primeras guarniciones británicas del Peñón de Gibraltar.

Leído aquí en España —y recordando que el autor es de nacionalidad británica—, el libro es extraño e inesperado. Critica duramente a los que ensalza. No logra un comentario admirativo sobre la defensa realizada por Lord Elliot durante el sitio célebre de 1779-83. Basa el fracaso en los errores cometidos por los nuestros, mal enlazados con los franceses, y —ambos— medianamente dirigidos por Crillon. Y recuerda a cada paso el mal comportamiento de la guarnición que realizara la defensa: embriagada con frecuencia y reyertando a todas horas.

Sabido es que todo autor británico se puede permitir el lujo de exponer los vicios y virtudes de sus grandes personajes, sin temor a represión ni queja alguna. Pero los comentarios presentados en *Proud Fortress* sobre el que fué bastante tiempo el General Gobernador de Gibraltar, Duque de York, rebasan todo cuanto es tolerable no ya por la censura, sino por los lectores más o menos entusiastas de su propia causa.

En su prólogo, Allen Andrews se refiere a «los expertos que aseguran que Gibraltar no es indispensable a Gran Bretaña», y aún cita la célebre frase pronunciada por el rey Jorge III durante el sitio mencionado previamente, según la cual éste deseaba que la paz se hiciera pronto, aun a costa de perder su gran colonia. Dice que después del año 1704 más de un ministro quiso librar a la nación británica de la pesadilla gibraltareña. Y aun asegura que durante muchos años el Peñón fué considerado en Inglaterra como una carga innecesaria para su presupuesto y un lugar poco a propósito para instalar una base naval.

En efecto, los políticos primeros se opusieron de un modo sistemático a la fortificación de Gibraltar. Cejaron sólo en 1711, cuando el Archiduque de Austria dejó de ser Carlos III, pretendiente a la corona real de España, y subió al trono de Austria-Hungría con el título de Carlos VI. Según ellos, a partir de ese momento Gran Bretaña quedó libre de toda traba en relación a cómo había logrado la posesión de Gibraltar.

A cada instante el comentario es justo: es el que más conviene. Cuando Felipe V es rey de España, Gibraltar —para Inglaterra— no se aviene a la derrota, y sigue en poder del Archiduque; mas cuando éste queda fuera del litigio los británicos se arrojan los poderes del vencido, que renuncia a sus derechos, sin más razón que la del fuerte ni más justicia que su propio interés.

La historia de los sitios y las alternadas relaciones con los nuestros integran lo fundamental del libro. No obstante, su último capítulo describe las dificultades que soportan los gibraltareños desde que España —en época reciente— ha tomado medidas conducentes a evitar que en la Península los británicos se sientan más «en casa» que en la suya.

La obra acaba asegurando que «puesto que Inglaterra no tiene la intención de renunciar a sus derechos y que España no tiene el arma necesaria para amenazarla a fondo, lo práctico es dejar de lado la pequeña agitación actual». Y es lo más práctico, sin duda, para la guarnición británica y para los nativos que prefieran la usurpación presente; y lo sería para España si ésta no diera importancia a la imponente afrenta que supone una bandera extraña en su propio recinto.

Proud Fortress está bien hecho y es fácil de leer. Pero deja en el alma un sabor amargo.

C. M. C.

GUNTHER, John: *Inside Russia Today*. Londres, Hanush Hamilton, 1958.

Antes de ofrecer al mundo esta obra interesante sobre la *Rusia actual por dentro*, Gunther ha publicado, entre otras varias, *Los Estados Unidos, América Latina, Asia, Africa y Europa*, «por dentro» todas ellas, y ha logrado éxitos crecientes con estos cinco libros.

Rusia por dentro llega justo a tiempo. Aparece en el momento en que la duda es más intensa, sobre el sentimiento verdadero de su magno dictador, Nikita Kruschev. Y lo curioso es que las varias descripciones presentadas por su autor son objetivas, con lo que el comentario corresponde únicamente a los lectores de las 600 páginas escritas sobre las visitas realizadas por aquél a las ciudades principales de la zona de Europa —Moscú, Leningrado y Kiev—, y sobre su viaje a través del Cáucaso, en dirección a Tiflis, a Samarkanda y a Bukara.

En su libro Gunther habla de todo: del partido y de la vida, del gobierno y de las repúblicas, de la prensa y de los «sputnik», de la desestalinización de Rusia, de la altura a que ha llegado su nuevo camarada-Presidente y de las quince mil personas que visitan diariamente el mausoleo de Lenin. Se ocupa igualmente de costumbres y de precios, de ideas y de miedo a la censura; pero al vestuario le dedica una atención muy preferente. Según él, los extranjeros se denuncian por sus zapatos, que todo el mundo mira; y sobre este asunto agrega que el interés por el calzado llega a tanto que él está seguro de que Marilyn Monroe, la gran belleza del cinematógrafo, paseando por las calles de Moscú sin más que unos zapatos importados de Norteamérica sería admirada sobre todo por sus pies.

Trata de la política y de la situación del mundo. La Unión Soviética —según John Gunther— «es una dictadura repelente, pero que, a pesar de todo, ofrece cosas de interés para los norteamericanos». Dice que nadie, en toda Rusia, quiere la guerra; mas conviene no desestimar al gran Estado ni subvalorizarlo. Da cuenta de su fuerza y expone cifras interesantes sobre los efectivos y los materiales. Reconoce que la infantería ocupa un puesto principal; y da cuenta —simultáneamente— de que todo su armamento es posterior a la segunda guerra mundial, y de que las armas disponibles para su apoyo en la ofensiva —carros de combate, artillería y aviación terrestre— son comparables a las que forman parte de los grandes ejércitos contrarios.

Su pesimismo se acentúa únicamente al hablar de los cohetes y de las bombas termo-nucleares. Compara siempre con América y da por sentado que el cohete intercontinental está resuelto, y que el de alcance medio es *operational*, lo cual quiere decir que desde el año 1957 son lanzados cinco o seis ingenios cada mes, al

tiempo que las fábricas van dando lo preciso para aumentar lo acumulado en los almacenes bélicos.

Los comentarios sobre grandes personajes —militares y políticos— ocupan dos capítulos completos. Y el resto del libro se refiere a la enseñanza, al trabajo, a la instrucción, al arte, a los «ballets» y a la literatura. Detalla sus visitas a las fábricas y al campo, a los estadios y al mercado. De todo trata, en suma, John Gunther en su trabajo; y lo termina con diversos comentarios sobre «la paz», «la coexistencia» y las relaciones con América.

La obra es un reportaje heterogéneo e interesante. Está escrita a consecuencia de un cuarto viaje a Rusia. Gunther hizo los primeros en 1928, 1935 y 1939. Pero desde esas fechas no pudo volver hasta después de muerto Stalin. Y de ello se alegra, según nos dice, porque se encuentra con un Soviet muy diverso al precedente: un Soviet más tranquilo y comedido, más transigente... en su forma externa.

En resumen, no mira con malos ojos al *Soyuz Sovetskikh Sotsialisticheskikh Respublik*. Mas conviene recordar que su interés fundamental está en que no le cierren para siempre la frontera.

C. M. C.

EL CENTENARIO DEL LORD PROTECTOR

MAURICE ASHLEY: *The Greatness of Oliver Cromwell*. Hodder and Stoughton, Londres, 1957; 382 págs.

ROBERT SAINT PAUL: *The Lord Protector*. Lutterworth Press, Londres, 1955; 438 págs.

En la historia constitucional inglesa —referencia inevitable para conocer la naturaleza de sus instituciones políticas actuales— hay un período clave que nos da razón de todo el desarrollo posterior. Se trata de la inestable época que se inicia con la revolución que destrona y ejecuta a Carlos I y termina con la «Gloriosa» revolución de 1688. Cuarenta años largos de agitación política en Inglaterra que contrastan fuertemente con el resto de la historia moderna británica y en la que viven una serie de figuras notables del pensamiento político y de la política activa y en los que se idean

y hasta se empiezan a aplicar algunos mecanismos constitucionales, la mayor parte de los cuales no serán recibidos como soluciones definitivas hasta el siglo XIX. Hobbes (1588-1679), cuyos escritos se publican entre 1640 y 1651, fecha en que aparece el *Leviathan*. Locke (1632-1704), que en 1690 publica sus dos tratados con la intención de defender la revolución del 88 —que son seguramente los dos máximos pensadores políticos ingleses— viven en este período. Y entre los de segunda fila, Harrington (*Oceana*, 1656); Milton con sus escritos sobre tolerancia; Filmer, muerto en 1653 y autor del *Patriarca*, que, sin embargo, no ve la luz hasta 1679; Sidney, Halifax, son también hombres de la época, uno de cuyos aspectos más significativos en lo político es, como afirma Sabine, la parte que juega la discusión popular en el desarrollo de la agitada vida política del momento, que permite la afirmación de que entonces, y por primera vez, aparece la opinión pública como factor importante en la política. Una serie de grupos políticos, o mejor político-religiosos, ocupan la escena y aportan ideas y puntos de vista que en su momento tendrán influencia.

En este turbulento período no es aventurado afirmar que la máxima figura es Oliver Cromwell, personaje apasionante por su carácter y su significado político que ha atraído la atención insistentemente, como lo muestra el hecho de que sea, sin duda, una de las figuras más estudiadas de la historia inglesa. En el año de 1958 —el 3 de septiembre— se ha cumplido el centenario de la muerte de Lord Protector. La conmemoración y las últimas novedades de la siempre creciente bibliografía en torno a su figura son ocasión oportuna para hacer algunas consideraciones sobre quien tiene aspectos de interés indeclinable para una época que, como la suya, se afana en encontrar soluciones nuevas para los nuevos problemas que la presentan su desafío.

Los juicios de los historiadores realistas de la Restauración, que no ven en Cromwell nada noble, son seguidos por otras apreciaciones de la personalidad del Protector mucho más benévolas y que exaltan sus valores positivos, pero que escasamente son más críticas. Ashley señala 1850 como la divisoria entre los puntos de vista romántico y científico sobre Cromwell. Guizot (1854) y von Ranke (1859) se ocupan de él y su juicio es francamente favorable. A partir de entonces la aparición de nuevos documentos estimula el interés sobre Cromwell, cuya personalidad está ahora casi definitivamente precisada.

Ashley trata de precisar en su libro el lugar histórico de Cromwell, fijar «en qué consiste realmente su grandeza histórica» que él sitúa en su lucha por la libertad de conciencia, y afirma que «sin la libertad de conciencia por la que Cromwell luchó, a la que conquistó y a la que estudió para preservar, seríamos menos afortunados de lo que lo somos en las comunidades de habla inglesa. Acaso aquellos que están dispuestos a suscribir la oración de Voltaire: «Oh Dios, revélanos que debemos ser humanos y tolerantes», son los mejor preparados para reconocer la mentalidad de Cromwell.» En efecto, es esta lucha por la libertad religiosa —principal motivo, según él, de la guerra civil que llevó al cadalso a Carlos I— el rasgo más notable de su personalidad. En sus escritos, en sus discursos, en sus hechos todos, aparece indudable que lo que le movió a levantarse contra los Estuardos no fué tanto la defensa de unos privilegios parlamentarios como la reivindicación de la libertad de conciencia que veía amenazada por el gobierno episcopal de los anglicanos. Este deseo de hacer de la libertad de religión —«establecer la libertad de conciencia para todos los que creen en Cristo», como dijo refiriéndose al segundo Parlamento del Protectorado— en principio fundamental de la vida política es el *leit-motiv* de su existencia. Robert Saint Paul, viéndolo así, ha puesto como subtítulo de su libro, «Religión y política en la vida de Oliver Cromwell», y afirma que «este libro comienza con la premisa de Thomas Carlyle de que «la religión de un hombre es el principal hecho con qué juzgarle», ya que, continúa, «la religión es una parte indispensable del ambiente del siglo XVII, y sin darla su lugar debido no podemos esperar comprender ni al hombre ni a la época».

Es, pues, preciso, para emitir todo juicio sobre Cromwell, partir de su puritanismo, religión en la que fué educado y con cuyas creencias se familiarizó desde muy joven. El movimiento puritano se inició a principios del siglo XVII a impulsos, sobre todo, de Robert Browne y su creencia fundamental es que una comunidad o «congregación» de cristianos forma una unidad «independiente» que puede elegir sus ministros y establecer su culto sin ingerencias de ningún tipo de autoridad. En conjunto, los independientes se adhieren a la teología calvinista y a sus doctrinas de la predestinación y sus indicios por el éxito en la vida terrenal con todas las consecuencias que ello comporta en el terreno económico y político. Como señala Aranguren, el calvinismo va a constituir frente

al catolicismo el otro extremo del no-conformismo flanqueando la «vía media» representada por el anglicanismo. Añadamos que al lado del prebisterianismo escocés de Knox, los independientes representan la extrema izquierda de este espectro religioso y el núcleo de la oposición antirrealista.

El respeto de Cromwell y los puritanos a la libertad de conciencia tiene, además de la razón teológica, un motivo oportunista, pues, como señala S. Paul, «las sectas tendían a favorecer la libertad de conciencia en proporción inversa a su volumen», y aunque activos no eran los independientes sino una minoría. Por eso afirma Ashley que «la religión llevó a Cromwell a la guerra y le sostuvo en la batalla». La combatividad de la «New Model Army» debe ser atribuida en gran parte a la convicción que les hacía sentirse instrumentos divinos y, a la vez, paradigma de la comunidad ideal, y a Cromwell mismo como escogido por Dios para la salvación de su pueblo. Esta conciencia de elección divina, patente tanto en la guerra civil para explicar las victorias como en el Protectorado para justificar medidas políticas, es uno de los principios calvinistas y, según Max Scheler, constituiría uno de los rasgos típicos ingleses que explicaría el imperialismo inglés de los siglos siguientes. (Vid. Aranguren: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, pág. 129.)

A impulsos de este motor de su mentalidad puritana —alma de su carácter, según S. Paul—, recorre Cromwell toda su trayectoria. El sentimiento de deber para su pueblo, la dedicación al servicio público y no la ambición —ya que, como señala H. Belloc (*Cromwell*, pág. 64), vivió cuarenta y cinco años sin hacer ningún esfuerzo por conseguir fama o poder—, explican la intervención en la vida política de este hombre de la clase media al que seguramente sólo una época anormalmente agitada sacó de sus posesiones de Huntingdon.

Muy a su pesar Cromwell se ha precisado a enfrentarse con los problemas constitucionales consiguientes a la derrota del rey. Si éste hubiera garantizado la libertad de conciencia de un modo serio, seguramente no habría visto demasiadas dificultades en el camino de retorno a Whitehall. Pero aquel principio que era para Cromwell, dice Ashley, «la principal cuestión de la guerra y la condición de la paz», para Carlos I era «una mera ficha para re-gatear».

Políticamente no tenía Cromwell ningún sistema elaborado.

Educado en la época isabelina concebía la vida pública como un sistema de equilibrio en el que cada órgano tenía una autoridad limitada. «El significado de este sistema de equilibrio (*balanced polity*) —dice Ashley— era este: los poderes del rey estaban limitados por las llamadas leyes de la naturaleza, por los términos del juramento de la coronación, por el *common law*, según era admitido por los tribunales que protegían los derechos de propiedad y los derechos del Parlamento. A estas limitaciones los puritanos, como el Dr. Beard, maestro de Cromwell, añadían la subordinación del rey a la voluntad de Dios» (pág. 57). Es, pues, desconocido el concepto de soberanía absoluta que, por descontado, tampoco se le reconocerá al Parlamento. Esto explica las dificultades de Cromwell con los Parlamentos de su mandato empeñados en discusiones constitucionales encaminadas a precisar dónde radicaba el poder soberano. «El Parlamento —dice Ashley— no era superior al rey. Por el contrario, era considerado como el Gran Consejo del Reino, convocado por el rey de vez en cuando para votar los impuestos, hacer leyes y expresar agravios. La reina Isabel había insistido, sin embargo, en que no tenía derecho para tratar de la religión, los negocios extranjeros o los «misterios de Estado». Incluso John Pym y Sir John Eliot, críticos severos de la monarquía, confesaban que el Parlamento no podía violar los derechos del Rey o de la Iglesia, ya que los *statute laws* tales como las prerrogativas reales, estaban sometidos a consideraciones de precedente y propiedad. Los *bills*, considerados contrarios al derecho fundamental del Reino, y los jueces, declaraban y hasta se oponían a la admisión de los *statutes* si violaban las leyes de Dios o de la naturaleza o los derechos de propiedad» (págs. 58).

Si llamamos revolución a la ruptura con las tradiciones, para la mentalidad inglesa de la época el «revolucionario» fué no el Parlamento, sino el Rey, que usurpó facultades, como la de imponer tributos que en el esquema de repartición de funciones no le correspondían. El conservadurismo en Cromwell le llevaba a aprovechar al máximo la tradición inglesa teniendo presentes, al mismo tiempo, las enseñanzas de los últimos años. Su apego al *status quo* se refleja en el principio de «gobierno de una sola persona y un parlamento» contenido en el *Instrument of Government*. No todo es tradicional, sin embargo; el *Instrument* inalterable por el Parlamento es el primer intento de constitución rígida. Igualmente se

registra un conato de división de poderes al que se ha atribuido una influencia decisiva en la Constitución norteamericana.

Aparecen patentes algunos rasgos del pensamiento político de Cromwell en la discusión del proyecto constitucional de los *Levellers* que representaban la extrema izquierda sólo superados por los *Diggers* comunistas agrarios. En 1647 se discutió en el Consejo del Ejército el *Agreement of the People* presentado por los *Levellers* frente a los *Heads of Proposals* de la facción más moderada del Ejército, encabezada por el yerno de Cromwell, Henry Ireton. Las proposiciones de los *Levellers* eran realmente revolucionarias en aquella época, y Cromwell, que presidió las discusiones, se mostró bien dispuesto a considerar cualquier plan que pudiera favorecer la libertad de conciencia. Ante la petición de abolición de la monarquía mostró que, en principio, no estaba apegado a ninguna forma de gobierno, pues como aparecía en las Escrituras, tanto los Profetas como los Jueces y Reyes habían sido agradables a Dios. «La monarquía —afirmó entonces— no está más divinamente ordenada que cualquier otra forma de gobierno. Pienso que el Rey es Rey por contrato.» Los acontecimientos posteriores, la falta de seriedad del Parlamento, sobre todo, le van a hacer partidario de un ejecutivo fuerte que, prácticamente, van a ser una forma monocrática de gobierno. Esto va a dar pie a una de las grandes paradojas de la vida de Cromwell, el hombre que «democrático» en lo religioso, llegará en lo político a convertirse en un autócrata.

Se opuso a la concesión del derecho de sufragio a todos los hombres patrocinado por los *Levellers*, pero la presión de éstos condujo a una mayor democratización de las tampoco aplicadas *Heads of Proposals*, de tal modo que si bien se conservaba la monarquía y la Cámara de los Lores, se reducía notablemente su poder. Todos estos proyectos constitucionales habían de tener su repercusión en el *Instrument de Gouvernement*, el único que tuvo —breve— aplicación.

Su respeto a la libertad de conciencia que, repetimos, es el más personal de sus caracteres, perdura aún en sus últimos años de su gobierno en que es un dictador, si bien austero y benévolo. «Acaso —dice S. Paul— una buena dictadura es siempre un mal gobierno, pero Oliver Cromwell pensaba que la coacción espiritual y la anarquía política eran infinitamente peores.»

Hay muchas paradojas en la vida de este hombre que ingre-

sado en la vida política en defensa de las libertades religiosas muere en ella con tanto poder como el del rey al que hizo perder trono y vida. Pero si hay algo seguro en la personalidad de Cromwell es, precisamente, su respeto a la conciencia individual. Si el liberalismo, como dice De Ruggiero, se inicia con la conquista de la libertad de conciencia, Cromwell, pese a todas las apariencias, se nos muestra como un «liberal». Ashley afirma, en el último capítulo de su libro, que sus cualidades eran las de George Washington y no las de Napoleón Bonaparte: las del patriota, no las del conquistador del mundo.

ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO

TRES LIBROS EN TORNO A JUAN VALERA

JIMÉNEZ, Alberto: *Juan Valera y la generación de 1868*. The Dolphin Book Co. Ltd., Oxford, 1956; 177 págs.

MONTESINOS, José F.: *Valera o la ficción libre. Ensayo de interpretación de una anomalía literaria*. Biblioteca Románica Hispánica. Edit. Gredos, Madrid, 1957; 236 págs.

DE COSTER, Cyrus C.: *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*. Edit. Castalia, Valencia, 1956; 318 págs.

En los últimos tiempos el interés por la vida y la obra de don Juan Valera ha ido en aumento, por lo menos dentro de ciertos ambientes intelectuales: de ser un escritor poco menos que olvidado ha pasado a ser fuente de meditación nacional. Ejemplo de esto lo tenemos en los libros que encabezan este comentario. Otra cosa muy diferente sería el comprobar la boga de Valera como amena lectura del público no especializado, prácticamente reducida, según creo, a dos o tres de sus obras novelescas.

Alberto Jiménez enfoca la figura de Valera dentro del contexto de su generación, que él bautiza de 1868. Una generación que, como la posterior de 1898, dedica todas sus energías a la construcción de una España plenamente europea, luchando contra el estado triste y caótico en que la encontró. Valera, espíritu enormemente cultivado y viajero, participa de este ideal, aunque siempre con un matiz de ironía escéptica y de amable mundanismo. En definitiva, Valera aparece como un hombre no dogmático, que

precisamente ve en el fanatismo unilateral de los españoles la causa de nuestra decadencia. En sus novelas, artículos y ensayos preside siempre la vieja actitud moralizadora española, en una faceta nueva de romper el aldeanismo español, creando un ambiente de respeto a las ideas y a los hombres que las han formulado.

En todo el libro —originalmente conferencias ante un público extranjero— se advierte la enorme preocupación española de Alberto Jiménez, que halla en Valera un tema de meditación actual. Por eso son frecuentes las sinopsis históricas, para encuadrar al propio Valera ante ojos extranjeros; y por esto también el libro no resulta arqueológico, sino candente. Inmediatamente se piensa en la posición espiritual del autor, y en su noble deseo de ver claro. Pero, además, Valera como tema no es capricho, sino necesidad: parece una paradoja póstuma que este hombre frío, distanciado y señorial —Alberto Jiménez le llama afectuosamente *pagano*— en el seno de la cultura española de su época, y sobre todo en la nuestra, constituya problema capital, altísima pasión.

Alberto Jiménez estudia la significación social de la generación de 1868; la trayectoria de la novela española, fruto primerizo del genio nacional, pero completamente agostado entre los siglos XVII y XIX, que los novelistas del 68 logran restaurar hasta darnos la gran obra de Galdós; la vida de Valera, sus intentos poéticos, fracasados por exceso de aristocratismo y de predominio del espíritu crítico sobre el emocional, su significación como ensayista, y finalmente la peculiaridad de su obra novelesca, que compone los últimos capítulos del libro. En el entrecruce de los caminos de España, decadencia y regeneración, romanticismo poético y clasicismo, filosofía krausista y posición neocatólica, aparece don Juan Valera, en sus valiosísimas cartas y en sus escritos públicos, como un hombre de personalidad impar, de recia individualidad.

El libro de José F. Montesinos es una consecuencia de su viejo proyecto de escribir una historia de la novela española en el siglo XIX. Primeramente Montesinos nos dió una *Introducción a esta Historia no escrita* (1), libro que a pesar de ser estrictamente erudito está llamado a tener una gran resonancia, porque plantea

(1) JOSÉ F. MONTESINOS: *Introducción a una Historia de la novela en España en el siglo XIX*, seguida del *Esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*. Editorial Castalia. Valencia, 1955; XVII + 345 págs.

acuciantemente el problema de la desaparición y renacimiento de la novela en España; desaparición total, casi imposible de concebir ahora, no obstante las dos o tres novelas publicadas en el siglo XVIII. Sólo gracias a la turbamulta de traducciones, y al esfuerzo editorial francés en lengua española, fué posible la creación de un público lector e incluso de un tipo moderno de librero, y como consecuencia de ello la posibilidad de un nuevo cultivo español de la novela. A ello contribuyeron editores peninsulares como Cabrerizo y Bergnes de las Casas, en medio del desvío de los inteligentes, que llega hasta Valera, ya que por mucho tiempo la novela fué patrimonio de lo que se llamó *la niña romántica*. (Esta baja concepción de la novela perdura todavía en muchos ambientes españoles, incluso donde menos podría esperarse, por ejemplo, en la extraña reglamentación de la sala de lectura de nuestra Biblioteca Nacional.) La ceguera de la censura décimonónica no fué bastante para parar esta corriente, que tras Larra, los costumbristas y la obra de algunos exilados, llenos de nostalgia de su España, al fin dió frutos nacionales.

Inicia Montesinos su estudio sobre Valera con la consideración del especial carácter que tienen todas las obras de ficción de este autor; siempre *valerescas*, es decir, irónicas, ajenas o, por mejor decir, impermeables a las corrientes literarias de su tiempo; basadas en su profunda cultura clásica, si no son antirrománticas, tampoco tienen nada romántico, ni realista. Aún más: Valera, escritor de novelas, parece toda su vida menospreciar el género. Trabajillos de «imaginación» en muy bajo nivel con respecto a la poesía. No importa la actividad teorizadora de Valera en torno a la novela: lo mismo que al escribirlas se nos aparece don Juan como un autor del siglo XVIII. Valera al novelar hace obra de *moralista*, «entendida la palabra a la francesa: un escritor entregado al estudio del hombre, de sus acciones y de sus móviles, observador de la conducta humana», según Montesinos define páginas adelante (pág. 191).

Valera mostró mayor simpatía por el cuento que por la novela, y fué también su teorizador, pero no por esto sus opiniones sobre la materia resultan más claras. La esencia de un género literario es su historia, según Valera. Además, propendía a llamar cuento a todo, a todo lo que se contaba. Muestra su predilección por los cuentos folklóricos, no precisamente por lo que tienen de populares, sino por lo que tienen de tradicionales, de restos de un antiguo magma épico. Y al escribir los suyos aplica la misma fórmula

moralista, de difícil definición, que Montesinos califica de «cuento-novela en libertad». Acaso el cuento no sea muchas veces más que el plan de una novela fallida. Contra la especie de que los cuentos de Valera son meros ecos de Voltaire, reacciona Montesinos con lucidez. No lo son, ni tampoco los de su mentor Estébanez Calderón, aunque uno y otro hubiesen leído al francés, como hombres cultos que eran.

Examina Montesinos en su libro estos cuentos y las novelas más importantes, desde sí mismas, y más aún, teniendo en cuenta lo que significan en la actividad y en las ideas del autor. Es decir, un esbozo de biografía a través de la obra o, si se quiere, un retrato. Los primeros tanteos novelescos, el surgir casi sin querer de *Pepita Jiménez*, y después *Doña Luz*, *El Comendador Mendoza*, etcétera, con los largos intervalos de silencio, por desgana o por la necesidad de ganarse, mal ganarse, la vida con otras actividades, la diplomática por ejemplo. No voy a resumir estos estudios sobre la producción valeresca; sólo diré que son magistrales, que a través de ellos entramos en las preocupaciones del novelista y, por tanto, en el ambiente de la España de su tiempo, en el que siempre pone una nota de comprensión teñida de cierta ironía. Todos en aquel siglo eran desmesurados: Valera se siente perdonador del extravío, simpático descreído, amigo de las buenas formas. Y de aquí también su modalidad literaria y sus limitaciones: la no comprensión del campo como tal en *Pepita Jiménez*, por ejemplo, sino de la aldea, del elemento humano. Su ficción es de moralista: enfrenta una y otra vez los universales *hombre* y *mujer*.

A la *moral del moralista* dedica Montesinos un capítulo. Moral, que no es la aparente en el caso novelesco, sino el porqué de la conducta humana, visto desde su conciencia y desde su experiencia, pero, además, en un sentido muy definido. Escribe Montesinos: «El drama de los hombres de todos los tiempos es la facilidad con que incurren en el error; consiste en que, viviendo por ideal, el ideal puede ser falso o engañoso; además, no tiene vigencia universal, y para aceptarlo hay que pensar y medir y computar las circunstancias y los tiempos. Las primeras novelas de Valera —contando las fallidas— versan justamente sobre esta enfermedad del idealismo absoluto, irreductible, incapaz de compromisos y concesiones» (págs. 194-5). Idealismo absoluto o dogmatismo. A Valera el drama humano que más le interesa contemplar es «éste de la quiebra de los ideales extremosos» (pág. 197). Todo

escrito sobre Valera, y Valera mismo, posee un dejo de melancolía. Orgullo y amor —finalmente— suman su dulce-amargura al conflicto de los ideales.

Los últimos capítulos de este libro de Montesinos se dedican a la formación españolista de Valera, su patriotismo nada vocinglero, y a su fama póstuma; casi olvidado a raíz de su muerte, poco afecto a los del 98, a pesar de la favorable actitud hacia ellos de don Juan, displicencias de los novecentistas, y sólo en un epígono del 98 comprensión generosa a la vez que crítica: Manuel Azaña, a quien urgencias extraliterarias impidieron escribir el gran libro que preparaba. Finalmente, Montesinos estima, con respecto a las obras de Valera, «que hay una viva apetencia de ellas por parte del público, en España y en América». Pero también que «más que la crítica activa e influyente se va apoderando de su obra la erudición» (pág. 224), lo que pudiera convertirnoslo en un *clásico*, es decir, en un autor pasado, que arrastraría toda la carga peyorativa que la palabra *clásico* arrastra lamentablemente entre nosotros.

Valera fué autor de una copiosísima correspondencia. Muchas de sus cartas se han ido poco a poco publicando, pero muchas también siguen inéditas, algunas ya irremediablemente perdidas. En 1956 el profesor Cyrus C. DeCoster publicó esta selección de 143 cartas de las 939 inéditas que poseen los nietos de don Juan, don Luis y doña Dolores Serrat. Comprende cartas que van de 1859 a 1905, la última dos meses anterior a la muerte de su autor. Lástima que el editor, por respetos humanos, haya omitido párrafos en ocho de las cartas y cambiado palabras en tres más, aunque tiene la cortesía de indicarlo en el prólogo y señalarlo en el texto. No conociendo las cartas todavía inéditas ignoro si la selección está bien hecha, aunque me duele, por ejemplo, que de ocho cartas sobre la revolución del 68 solamente inserte una.

Las cartas publicadas, dirigidas a escritores, políticos, amigos y familiares, poseen enorme interés: sabrosa información sobre los países en que reside el autor, comentarios literarios o políticos, proyectos, quejas, en suma, Valera «en zapatillas». Es emocionante verle hacer cálculos financieros sobre la posibilidad —lejana— de comprar un armario para guardar sus libros. Esta correspondencia es de capital importancia para los investigadores, por varios de los cuales ya fué utilizada en manuscrito, pero a la vez es un documento humano de primerísima línea, que nos entrega eso que Va-

lera fué: un hombre fino, irónico, de variadas lecturas y múltiple observación. Su desilusión ante los hombres está contenida en esta personalísima frase: «El género humano no es malo por capricho, sino cuando le conviene...» (2 de julio de 1878, pág. 56). Sus impresiones sobre España anticipan en algún sentido el sentimiento noventayochista, a la vez que se colocan en una corriente muy clásica. Lo mismo su atención nada servil a Portugal —iberismo—, y su conciencia hispanoamericana. Al acabar la lectura casi nos sentimos inclinados a tutearle cariñosamente, porque lo hemos visto muy cerca de nosotros mismos. Que el ejemplo del profesor DeCoster sea imitado, y no se pierdan tantas cartas aún inéditas. Valera, en su intimidad, es un capítulo de esa otra emocionante historia que es España en su intimidad, alegre, doliente y menesterosa.

ALBERTO GIL NOVALES

